

ajenas inspiraciones la explicacion de una firmeza con la que no contaban verse obligados á luchar.

En la primera sesion de la Consulta se tocó la cuestion de si seria conveniente contestar con un discurso debatido por la corporacion al discurso del Soberano Pontifice; empero la idea no fue secundada; la corporacion dotada de un criterio prudente se limitó en enviar á Su Santidad una expresion de gratitud por las deferentes muestras de cariño que le habia dado en su recepcion del Quirinal.

El dia de la inauguracion de la Consulta lo fue de verdadera expansion popular.

Al salir del Quirinal los diputados encontraron tendidos en ala de batalla en traje de gala dos batallones de la guardia cívica; en veinte y cuatro lujosas carrozas, facilitadas por otros tantos nobles romanos, fueron conducidos al Vaticano. Cada carroza venia precedida de las armas de una provincia, y de dos estandartes que ostentaban el uno el nombre de la legacion, el otro el del diputado que la representaba. Junto al coche del cardenal presidente se agrupaban las banderas de los catorce *rionis*, ó cuarteles de la ciudad. La muchedumbre era inmensa, las aclamaciones indescriptibles. El noble cortejo se dirigió al Vaticano, en donde los diputados oyeron el santo sacrificio de la misa, concluido cuyo acto religioso se trasladaron á los salones destinados al ejercicio del elevado ministerio de aquella corporacion.

Por la noche Roma se transformó en una ciudad embelesadora. El Corso era una ascua; millares de luces derramaban y esparcian la claridad por toda Roma y sus afueras. Las banderas nacionales, inclinándose unas sobre otras, constituian un espléndido pabellon, tienda donde se cobijaba todo un pueblo que se consideraba triunfante en la gran campaña del amor.

Las oleadas de la muchedumbre, atravesando el trayecto que va de la plaza del Pueblo al Quirinal, se congregaron bajo las ventanas de la habitacion del Pontifice, prorumpiendo en atronadoras aclamaciones. Roma queria ver á su amado, el que en aquellos instantes propiamente podia apellidarse *el Deseado de las naciones*.

Al aparecer en uno de sus balcones el pueblo exclamó: «¡Oh, Padre Santo! la bendicion!» doscientos estandartes se juntaron y levantaron al pié de su tribuna, como para ofrecer á su majestad y á su virtud el mas glorioso y poético pedestal.

La bendicion del Padre no se hizo esperar; al levantarse el brazo pontificio, treinta mil cabezas se inclinaron; y repitiendo los anteriores vítores, se dispersaron, para diseminar por todos los ámbitos de la capital del mundo la noticia de la nueva bendicion descendida á los corazones de los hijos del pueblo.

Este ceremonial, que espontáneamente se habia formado el pueblo de Roma, lo repetia en todas las manifestaciones de aprecio que seguian á cada nueva reforma por el Papa establecida.

¡Oh! ¿quién es capaz de calcular hasta dónde hubiera podido llegar la felicidad de los romanos, si á la sombra de tan buen Padre no se hubiera deslizado la serpiente envidiosa, para decir al pueblo lo que la víbora del paraíso dijo á Adán: *Todo lo que el Soberano te concede, te lo concede para que no seas soberano; rebélate, y tu rebelion te dará la soberania?*

CAPÍTULO XVII.

COMPLICACIONES DIPLOMÁTICAS Y MAQUINACIONES

REVOLUCIONARIAS.

EN aquel período verdaderamente crítico para el Gobierno pontificio no tardaron en surgir complicaciones que aumentaban la dificultad de la posicion del augusto Jefe de los Estados romanos. La excesiva susceptibilidad del Austria, que no podia sostener sino con la fuerza material la seccion de imperio que tenia en Italia, ó sea el reino Lombardo-Véneto, volvía su política, y aun mas su policia, impaciente quizá hasta la inconveniencia.

En vez de colocarse decididamente al lado del Papa, para apoyar con su influencia moral el sistema emprendido y prestarle fuerza para hacer frente á la revolucion que pretendiera desvirtuarla, el Austria se apresuró á dar pretextos á los hombres de imaginacion ardiente y turbulenta accion, amagando un movimiento contrario á la independendencia de los Estados pontificios.

Es indudable que la primera amargura diplomática le vino á Pio IX de parte del Austria.

La ocupacion de algunos puntos estratégicos de Ferrara dió lugar á un cambio de comunicaciones entre el cardenal Ciacchi, legado pontificio, y el general austriaco Anesperg.

El cardenal Ciacchi, con la energía y firmeza que le eran habituales, extendió una protesta contra la conducta del General, que fue aprobada, confirmada y publicada por el cardenal secretario de Estado. La contestacion de S. Ema. estaba llena de dignidad; los derechos de la Santa Sede sobre Ferrara eran defendidos con decision (1).

(1) Por el artículo 103 del congreso de Viena fue acordado: «Las Marcas con Camerino y

La contestacion del General á la protesta del Legado fue la inmediata ocupacion de los puntos de Gran guardia y de las cuatro puertas de la ciudad.

Entabláronse, pues, reclamaciones acerca del Gabinete de Viena por la Secretaría pontificia, y fueron de tanto peso las consideraciones alegadas, y, por otra parte, era tan decidida la actitud del pueblo pontificio, que el Austria vióse precisada á dar órdenes de retirar las tropas de la ciudad invadida.

Prueba evidente de la ligereza de su proceder.

No es exclusivamente nuestro este juicio. Ocupándose de este asunto el imparcial historiador de la vida de Pro IX, Mr. Saint-Albin, dice: «Seguramente el Austria olvidó en aquella circunstancia el respeto que una gran potencia debe siempre á los derechos de la soberanía, por mas que la frente del soberano no ciña triple corona... Cualesquiera que sean las intenciones que inspiren la conducta de un Gobierno, cuando se atenta contra los derechos de un soberano legítimo, se favorece la causa revolucionaria. Esto hizo el Austria ocupando, no solo la fortaleza, sino la ciudad misma de Ferrara. Con ello ofreció dos pretextos á la agitacion demagógica; el uno fue la misma usurpacion, el otro las protestas que la usurpacion hizo indispensables.»

De todos modos, este incidente complicó lamentablemente la situacion de los ánimos.

Los jefes de la *Jóven Italia*, las masas afiliadas á las sociedades secretas, aprovecharon este episodio para concitar los ánimos en contra del gran imperio.

Las disidencias diplomáticas surgidas entre el Gobierno del Pontífice y el del Emperador daban pié á presentar al Pontífice como á víctima de los atropellos del Austria, y, por lo tanto, á concitar toda una tempestad de odios contra esta potencia.

El Austria, previendo el caso de una lucha mas ó menos formidable, quiso asegurarse de las disposiciones de la Europa, y sobre todo de la Inglaterra.

El principe de Metternich escribia á lord Palmerston: «La Italia central es presa de un movimiento revolucionario, dirigido por los jefes de las castas políticas que desde muchos años á esta parte son una amenaza para los Estados de la Península. Acogiéndose al abrigo de las reformas administrativas, recientemente concedidas por el Soberano Pontífice, por un efecto de su bondad y benevolencia á su pueblo, los facciosos procuran paralizar la regular accion del poder, y se proponen un objeto que afecta mucho mas allá de los Estados de la Iglesia y hasta de la Península.

«Estos directores aspiran á establecer un solo y único jefe, ó á lo menos una federacion de Estados bajo la direccion de un poder central. La monar-

sus dependencias, así como el ducado de Benevento y el principado de Monte Corvo son devueltos á la Santa Silla.

«La Santa Silla volverá á la posesion de las legaciones de Ravena, Bolonia y Ferrara, exceptuada la parte del Ferraresado que está sobre la orilla derecha del Po.

«Su majestad imperial y real apostólica y sus sucesores tendrán el derecho de guarnicion en las plazas de Ferrara y Commacchio.»

Por estas estipulaciones se ve que el derecho del Austria se reducía á la guarnicion, no á la ocupacion de la ciudad.

Y aun contra el derecho de guarnicion, reconocido por las potencias europeas en Viena, la Santa Silla protestó á su debido tiempo; aunque aquella protesta fue *pro formula*, pues, al concederse al Austria aquella prerogativa, la Europa se propuso fortalecer en los Estados pontificios el reinado del orden.

quía no entra en sus designios, y lo que quieren en Italia es una abstraccion de utopia radical. En una palabra, las sectas quieren una república federativa como la que existe en Suiza ó en los Estados de América.

«El Emperador, nuestro augusto amo, no pretende ser una potencia italiana; se contenta con ser jefe de su imperio. Una porcion de su imperio se extiende mas allá de los Alpes, porcion que quiere conservar, y cuya conservacion está resuelto á defender contra cualquiera que sea.»

Metternich en un segundo despacho preguntó á lord Palmerston la actitud que el Gobierno de la Gran Bretaña tomara ante la violacion del tratado de Viena, celebrado en 1815, relativamente á los territorios de Italia.

Á cuya pregunta el canciller inglés contestó: «El Gobierno de S. M. la Reina reconoce que las cláusulas y las estipulaciones del tratado de Viena deben ser mantenidas en su aplicacion á la Italia, como tambien á los demás Estados de Europa; creyendo que no puede operarse ningun cambio, ni modificacion de tales disposiciones, sin el concurso ó beneplácito de las potencias que tomaron parte en ellas.»

Debemos confesar que no eran infundados los temores del Austria, aunque es indiscutible que la línea de conducta que adoptó no era la mas á propósito para conjurar los peligros que la amedrentaban.

En pocas líneas supo pintar Balmes la gravedad de aquella situacion política y la inminencia de trascendentales cambios, en los que no habia de ser por cierto el Austria la nacion beneficiada.

«Desde la Calabria hasta Venecia y Turin, dice, resuenan entusiastas vítores al Papa y á la independencia de la Italia; en las asonadas el grito de los amotinados es *viva Pro IX*, y el himno á Pro IX es su cántico de libertad. El duque de Toscana es arrastrado por la corriente democrática, el de Luca atribulado va, viene, no sabe qué hacerse y acaba por abdicar; Carlos Alberto observa; el Austria extiende y refuerza su cordon de bayonetas, y mientras espera ulteriores acontecimientos, se apodera de Ferrara. El Gobierno pontificio protesta, y el Gabinete de Viena, ese Gabinete que poco antes miraban algunos como el necesario apoyo de la corte de Roma, se halla en discordancia con ella; en Roma se habla y escribe contra el Austria; y se toma una actitud tal, que no puede menos de desagradar al alto protector. Entre tanto la diplomacia europea se pone en movimiento; todas las regiones políticas se agitan; todos los periódicos liberales, religiosos é impíos, se declaran altamente por el Papa, como si la palabra ultramontanismo fué á convertirse en sinónima de progreso y de libertad.

«Preciso es confesar que hay en este espectáculo una novedad que asombra, una complicacion que aturde, una magnitud que anonada; hay algo que entusiasma y arredra. La historia con sus lecciones, la experiencia con sus desengaños, el porvenir con sus nubes, la sociedad con sus necesidades, la revolucion con sus exigencias, lo antiguo que se cae á pedazos, lo nuevo que lo invade, que avanza, que á veces se desborda con raudales de llama, todo se agolpa á la mente, y el ánimo conmovido, agitado, fluctuante, se pregunta: ¿Qué sucede? ¿qué sucederá (1)?»

Las gestiones de Austria y los despachos de Inglaterra llegaron á conocimiento del pueblo, soplando sobre la inmensa hoguera de su ira, y dando inextinguibles elementos á su amenazante furor.

(1) Balmes, Pro IX, cap. I.

«¿Con qué derecho, exclamaba uno de los mas decididos tribunos, con qué derecho las potencias europeas pretenden mantener las estipulaciones de un tratado vergonzoso que permite á las águilas extranjeras velar una parte del sol de la Italia? ¿Fue llamado el pueblo á las conferencias en que se decretó aherrojarle en la servidumbre? ¿Entregó voluntariamente sus manos á las esposas de la opresion? ¿Consintió en que la espada del Austria rasgara en jirones el mapa del mas bello país del mundo?... ¿Sabeis el uso que los patriotas deben hacer del despacho del Austria?»

Y tomando un periódico en que venia inserto, magullándolo con sus convulsas manos, fijos en él sus centelleantes ojos, lo rasgó, y echando al aire sus pedazos exclamó: «¡Así vuela por los aires el inicuo poder que nos esclaviza!»

Y la muchedumbre embriagada por la pasion nacional contestó: «Sí, perezca el opresor de la Iglesia; viva Pro IX, el redentor del pueblo.»

Hemos recordado la contestacion de la Inglaterra, favorable á las aspiraciones del Austria; sin embargo, incumbe consignar que las palabras terminantes de lord Palmerston distaban mucho de expresar las íntimas tendencias del gabinete de *San James*, ni las pasiones del pueblo inglés.

Mientras se rendia un tributo oficial de respeto á la inviolabilidad de los tratados, y se protestaba de antemano contra toda modificacion arbitraria, la revolucion italiana, — nótese que decimos la revolucion italiana y no la política pontificia, cuya importante diferencia alcanzan nuestros lectores; — la revolucion italiana, repetimos, recibia con cierta solemnidad una especie de embajador.

Lord Minto compareció en Roma en la hora de la candente agitacion.

«Llega á Roma el lord, dice Crétineau-Joly, para desenvolver hasta el paradjismo aquella necesidad de movimiento; y en el mismo instante el *God save the Queen* sucede á los himnos de Pro IX, y agradecidas las sociedades secretas, decretan junto al Vaticano un triunfo perpétuo al inglés que agita sobre la Italia las antorchas de la guerra á la fe.»

Y, á ser ingénuos, debemos reconocer que lord Minto tenia en Roma un vasto campo para maniobrar, pues al calor de la exaltacion política se habian conmovido tambien las bases de la fe religiosa en muchos. Lord Minto habia dado en distintas ocasiones testimonios irrecusables de abrigar sentimientos radicalmente anticatólicos.

Lord Minto era un verdadero embajador del espíritu revolucionario inglés. Su consigna era recorrer la Italia, para sembrar en ella gérmenes de rebeldía, sobre todo en Nápoles, Roma y Toscana, con la prevencion de encubrir el objeto real de su mision con el aparente pretexto de ilustrar á los respectivos Gobiernos con «la sabiduría y prudencia de los consejos inspirados por la política británica.»

El oficioso enviado, se cuidó menos de merecer las simpatías de los soberanos que pretendia salvar, que de conquistar la amistad y el compañerismo de los sujetos públicamente designados como á constituyentes del núcleo principal de la gran conjuracion.

Lord Minto se formó su corte; Sterbini, Cicernacchio, Galetti, Materazzi, Carbonaretto, Tofanelli, Piccioni y otros hombres, oscuros y desacreditados como estos, compusieron el alma de su sociedad predilecta. Estos formaban atmósfera al rededor del consejero de los reyes, quien en semipúblicas reu-

niones, lanzaba su ironía y sus sofismas, como afilados dardos, contra los soberanos de Italia, y sobre todo contra el Jefe augusto de la religion católica.

Los que algunas semanas atrás victoreaban exclusivamente al Papa empezaron á compartir sus *hosannas* entre el Papa y el enemigo del Papismo. El pueblo se aficionaba á entonar sus himnos debajo de las ventanas de la fonda de Europa, que era el Quirinal del funesto perturbador. El camino del *Monte Cavallo* era menos concurrido. La tempestad se acercaba.

La Providencia permitia que los acontecimientos empujaran hácia adelante la obra revolucionaria.

Todo en Europa conspiraba contra la causa del orden, que es la de la Iglesia.

La Suiza, teatro escogido por los turbulentos proscritos de los demás países, vió sus campos y sus ciudades manchados con la sangre de augustas víctimas que generosamente la vertieron en defensa de los derechos de su fe. La libertad religiosa fue oprimida por el impío despotismo. Una gran parte de aquel pueblo, que hasta entonces habia hecho respetar su independencia general y las predilecciones de la individual conciencia, habia visto perecer los defensores de sus tradiciones religiosas. El pueblo creyente, blanco del oprobio de los herejes y blasfemos, se reconoció en el camino del martirio.

El Sonderbund acababa de ser derrotado por la espada del radicalismo protestante.

Mazzini y Heinsein, los agitadores principales de la Italia y de la Alemania, se reunieron en Berna para extender los resultados de la victoria de los incrédulos á la Europa entera. En el seno de la Suiza se celebró una grande asamblea de hombres que representaban la causa de la revolucion enciclopédica.

Cuando Lucerna hubo de declarar el derecho moral rendido por la brutal fuerza, los agitadores suizos enviaron con la celeridad del rayo la buena nueva á los revolucionarios romanos.

Al grito de Pro IX los caudillos despertaron las masas acostumbradas á las grandes emociones.

¿Qué iban á celebrar? El pueblo lo ignoraba; empero, puesto que la celebracion empezaba dando gloria á su bendito Pontífice, el pueblo secundaba el movimiento.

Esta vez el grito de «viva Pro IX» era seguido del de «viva la Dieta suiza.» Ambos vivas se rechazaban. «Viva la Dieta suiza» significaba «muera el pueblo católico,» y «viva Pro IX» no podia significar sino «viva la Cabeza del Catolicismo.» ¡Se vitoreaba á la Cabeza y se anatematizaban los miembros!!! ¡Absurda confusion!

Las muchedumbres se agolparon á la puerta de la legacion suiza. Los maestros de aquellos coros aclamaban con los héroes de la derrota de los católicos el nombre de Gioberti, el sacerdote tribuno, mezclando á sus *hosannas* repetidas voces el *tolle* dirigido á los Jesuitas.

Aquella manifestacion fue una especie de sacrilegio. Roma, capital del mundo creyente, aplaudió las tiranías ejercidas sobre un puñado de creyentes valerosos. El Quirinal se inundó de tristeza, y el dulce corazon de Pro IX se sintió profundamente amargado.

Á la mañana siguiente el *Diario oficial* insertó una protesta contra aquellos injustificables hechos. Una gran parte del pueblo, que habia obrado con

inconsciente conducta, se arrepintió de las expansiones de la víspera; empero los directores de la escena habían conseguido su objeto, que era producir un inmenso escándalo en la piadosa Roma.

Con el pretexto de reclamar contra la introducción de unas máquinas de filatura de lana, en la noche de los festejos á favor de la Suiza, las masas industriales de los barrios transtiberinos se habían amotinado. Fue preciso que el cardenal Ferretti se dirigiera al campo de la insurrección al frente de los dragones cívicos para restablecer la calma.

Pío IX, á pesar de cerciorarse cada día mas de que la gratitud de su pueblo le faltaria, no cejó en el sistema de su liberalidad nunca desmentida.

La Municipalidad romana fue convocada en aquellos días por su presidente el cardenal Altieri, digno por su cuna, por su ciencia y por sus virtudes del brillante papel que el soberano le confiara.

Dos actos importantes de S. Ema. revelaron en él el hombre prudente y enérgico que la Municipalidad romana necesitaba en aquellas circunstancias.

El discurso inaugural de la Municipalidad es un documento histórico notable.

«Señores: El ángel tutelar de Roma, el inmortal Pío IX, acaba de restituir al Capitolio su vida y su esplendor por el maravilloso poder de su palabra. Le han bastado algunos meses para preparar, ordenar y concluir una obra á la cual aquellos predecesores suyos, que pusieron mano en ella, consagraron toda su vida. Las dificultades que debía hallar su pensamiento creador eran grandes, numerosas é insuperables. Empero cuando se trata del bien del pueblo, que tanto quiere, no hay obstáculo que Pío IX no venza. No se pregunta si la obra es difícil: reconoce la utilidad, y ya no vacila. Por una coincidencia á todas luces providencial, el propio día en que el inmortal Pío IX firmó el decreto constitutivo de un senado romano, constituyó el patriarcado latino de Jerusalem; de suerte que, á un mismo tiempo, la mano que restituía su antigua gloria á la primera de las ciudades del Oriente, á la cuna del Cristianismo, la devolvía á la población que siempre ha sido y será la primera entre las capitales del mundo.

«Señores: para mí fue venturoso el día en que Su Santidad me confió el honorífico cargo de presidente de la comisión encargada de presentarle las bases sobre las cuales debía sentarse el nuevo edificio del Capitolio. Me dió ocasión de ser testigo de la inteligencia y del celo que desplegaron los miembros de aquella comisión, á la cual se debe la prontitud y la perfección del trabajo que depositamos á los pies del Santo Padre, y que Su Santidad aceptó con tanta benevolencia. Hoy me considero todavía mas feliz, porque he sido llamado á presidir, bajo los auspicios de las palabras animadas de nuestro adorado Soberano y de la alegría universal, esta imponente asamblea, primer consejo de la santa metrópoli. Con pocas palabras el santo Pontífice os ha dado á conocer la importancia del cargo de que estais revestidos y las obligaciones que él os impone.

«Sería abusar de vuestra indulgencia y consumir un tiempo precioso añadir otras para invitaros á llenar dignamente vuestros deberes; séame únicamente permitido recordaros que individualmente debeis considerar, que tiene un gran objeto el acto con el cual vais á inaugurar vuestras funciones. Debeis dar á Roma un primer magistrado digno de su estimación y de su con-

fianza, capaz de proteger y de hacer brotar mas y mas sus intereses legítimos, y acreedor al propio tiempo de la confianza del Soberano.

«Asegurándoos de la constancia y del celo con que me conduciré sin cesar para auxiliáros y apoyaros, reclamaré de vosotros, señores, en cambio, la calma en la discusión y una prudencia manifiesta en vuestras decisiones, para que de una parte la moderación, y de otra el buen juicio, sirviendo de ejemplo, concurren á la gloria de nuestra patria común y sean la recompensa de nuestro Soberano.»

El otro acto notable del cardenal Altieri en aquellas circunstancias fue el tacto con que arrebató de las manos de los turbulentos los catorce estandartes de los *rionis*, que se habían convertido ya en enseñas de todos los tumultos.

«Estas banderas, les dijo, son demasiado gloriosas para que las expongais á los accidentes de la calle. Ellas resumen las glorias de vuestros cuarteles; merecen, pues, ser guardadas en un santuario augusto como el Capitolio. Dejadlas aquí para que, teniéndolas á la vista, la Municipalidad romana se inspire en las dignas tradiciones que ellas representan.»

La idea fue aceptada y aplaudida. El Cardenal regaló una medalla, en nombre del Papa, á cada uno de los portaestandartes.

Había un hombre que dominaba con su influencia personal á las muchedumbres hasta en los momentos de su airada exacerbación. Era Cicernacchio. Los portaestandartes le reconocían por jefe; cuando aquel hombre aplaudió el pensamiento de Altieri, sus subordinados hicieron eco á sus aplausos.

Á la mañana siguiente de la sesión del Capitolio el tosco tribuno se presenta al Cardenal para entregarle las fundas de los catorce pendones.

El Cardenal aprovechó aquella oportunidad para convencer al héroe populachero de las ventajas que le reportaría renunciar á la vida de agitación que había emprendido.

«¿No observais, le dijo, que los que se sirven de vos como de instrumento, os consideran como un maniquí juguete? ¿No veis que se sirven de vos para llevar adelante sus proyectos, cuyo resultado sería arruinar y desgraciar á la patria? Vos habeis nacido para ser un hombre honrado, un virtuoso padre y esposo, y no para ser un intrigante.

—Es verdad, eminencia, contestó; yo os aseguro que estoy resuelto á volver á la vida de familia; empero, no sabría resignarme á ello hasta ver libre á mi patria de la doble plaga de los austríacos y de los Jesuitas.

—¿Sabeis quiénes son los Jesuitas? replicó el Cardenal.

—Lo ignoro, contestó el tribuno, empero me han dicho que eran enemigos de Pío IX y los tiranos del pueblo.»

¡Se lo habían dicho y así lo creía! terrible crimen el de la explotación maliciosa de tan dóciles corazones!

Gracias á la influencia del cardenal Altieri, el respetable príncipe Corsini fue nombrado por la Municipalidad senador en jefe. Las cualidades de aquel augusto personaje eran garantías de probidad.

Instituida la Consulta de Estado y la Municipalidad romana, el Papa trató de completar la organización gubernamental, estableciendo por otro *motu proprio* un Consejo de Ministros, y dándole atribuciones en armonía con el nuevo modo de ser. Á cada ministerio se le señaló un círculo de acción pro-

pio, dentro del que el ministro pudiera con cierta independencia realizar y ensayar sus proyectos y plantear sus resoluciones. La independencia de los ministros creó una especie de responsabilidad ministerial.

De esta manera los diferentes ramos de la economía pública tenían su activo móvil, y poniendo al frente de los respectivos departamentos personas dotadas de las cualidades exigidas por el ministerio que desempeñaban, era segura la marcha progresiva del orden, de la riqueza y de la prosperidad.

Atento á cuanto pudiera facilitar el expedito juego de las instituciones, agregó al Consejo de Ministros un cuerpo de auditores auxiliares, repartiéndose la gestion de las administraciones de Negocios extranjeros, Interior, Instrucción pública, Gracia y Justicia, Hacienda, Comercio, Bellas artes, Industria y agricultura, Obras públicas, Guerra y Policía.

Con esta institucion Pro IX puso la corona á sus reformas. Habia ya escogido todas las buenas cualidades de los últimos adelantos gubernamentales, aplicándolos á su reino.

Poco tiempo hubiera tardado el pueblo romano en experimentar los resultados de semejante organizacion, si el espíritu de revuelta no hubiera perturbado la calma y la paz, sin las que es imposible todo progreso.

La Francia, consecuente con sus tradiciones católicas y con el interés que en los períodos críticos ha manifestado por la Santa Silla, dejó oír su autorizada voz por órgano de Mr. Guizot, que en su cualidad de religionario protestante estaba al abrigo de toda nota de parcialidad.

El Ministro escribia á Rossi, embajador francés en Roma, una nota en la que se hacia completa justicia á las mesuradas reformas por el Papa establecidas, al paso que se indicaba con sensato criterio la actitud que convenia al pueblo de Roma, para no esterilizar los nobles esfuerzos de Su Santidad en pro de sus súbditos.

La palabra de la Francia debe ser tomada en cuenta en esta historia.

«El Gobierno del Rey ha sabido con satisfaccion, decia Mr. Guizot, los últimos actos administrativos del Padre Santo. La ilustrada política que ellos revelan, la acogida entusiasta que han merecido del pueblo, la actividad que las notabilidades del país han desplegado para defender el orden y apoyar al Gobierno romano, son síntomas capaces de tranquilizar y satisfacer á la Europa cristiana, tan vivamente interesada á favor de la autoridad moral de la corte de Roma y de la seguridad de Italia...

«Mientras que este sea el camino recorrido por una y otra parte; mientras tan feliz acuerdo se mantenga entre el príncipe y los súbditos, la Europa podrá esperar ver renacer el difícil y saludable trabajo de sus desechadas reformas, y el Gobierno del Rey, que en cierta ocasion ha dado tan manifiestas garantías de voluntad decidida hácia la Santa Silla, pondrá tanto mas empeño en secundarle, en cuanto contará con el éxito regular y pacífico de su patriótica empresa.

«Concebiria empero sérios temores el dia en que viera *suscitarse exigencias inconciliables con la situacion general de la Italia, y con la naturaleza del Gobierno romano*, ó bien en el que por una reaccion natural sucediese una recelosa reserva al noble y paternal abandono que en este momento caracteriza la política pontificia. Para evitar estos funestos escollos contamos con la sabiduría de Pro IX, así como con la inteligencia política, tan justa, tan ac-

tiva y tan delicada, de la cual está dando incontestables testimonios el pueblo romano.»

No se necesita comentar el anterior despacho para que luzca al juicio de todos la dignidad y madurez del criterio que le dicta. Estas son las inspiraciones verdaderas de la prudencia, que, si fueran seguidas con constancia, llevaran á puerto seguro la nave de los tesoros de la civilizacion por el diestro y santo piloto dirigida.

Cuando las *exigencias inconciliables* empezaron á formularse con cierto desembarazo, y los siniestros intentos de trastornar el equilibrio europeo apartaron de sí otra parte del velo que los ocultaba, la Francia habló otra vez. El mismo Guizot fue encargado de formular la política que se proponia seguir.

«Una fermentacion grave estalla en Italia, decia tambien á su embajador, propagándose á todos los Estados de la Península. Es menester que os sean bien conocidas las miras que en estas circunstancias sigue el Gobierno del Rey, para arreglar á ellas vuestra actitud y vuestro lenguaje.

«La conservacion de la paz y el respeto de los tratados son la base constante de esta política, pues que estos tratados los consideramos igualmente esenciales para la felicidad de los pueblos y la seguridad de los Gobiernos; para los intereses morales y materiales de la sociedad; para el progreso de la civilizacion y la estabilidad del orden europeo. Tales principios han sido el móvil de nuestros actos referentes á los negocios de nuestro propio país, y por lo tanto serémos á ellos fieles en las cuestiones que se relacionen con los países extranjeros.

«La independencia de los Estados y de sus Gobiernos tiene para nosotros la misma importancia, es objeto de igual respeto; el fundamento del derecho internacional es que cada Estado arregle por sí mismo, y como lo tenga por conveniente, sus leyes y sus negocios interiores.

«El respeto á este derecho es la garantía de la existencia de los Estados débiles, y de la paz entre los grandes Estados. Respetándolo nosotros, conseguiremos mejor que sea respetado por los demás.

«Así por el valor intrínseco, como por el duradero éxito de las reformas necesarias en el interior de los Estados, hoy importa mas que nunca que estas se verifiquen regular y progresivamente, de concierto Gobiernos y pueblos, por medio de una accion comun y mesurada, y no por la explosion de una fuerza cínica y desarreglada. Nuestros consejos y nuestros esfuerzos apoyarán constantemente este sistema.

«Lo acontecido hasta ahora en los Estados romanos prueba que los principios que acabo de recordar se han reconocido y puesto allí en práctica.

«Acercándose al Soberano, y evitando toda precipitacion desordenada, todo movimiento tumultuoso, es como el pueblo romano trabaja para asegurar las reformas que necesita. Los hombres notables y esclarecidos que viven en esa poblacion se dedican á dirigirla á este objeto por las sendas del orden y con la accion del Gobierno.

«El Papa, por su parte, en la grande obra de reforma interior que ha emprendido, desarrolla un profundo sentimiento de su dignidad como á Jefe de la Iglesia, de sus derechos como á Soberano, manifestándose igualmente decidido á sostenerlos dentro y fuera de sus Estados.

«Confiamos que hallará en todos los Gobiernos europeos el respeto y el apoyo que le son debidos; y el Gobierno del Rey, por lo que le atañe, se apresurará siempre á secundarle segun el modo y las medidas que se determinen, y de cuya conveniencia el Papa es el mismo juez.

«Los ejemplos augustos del Pontífice, y la conducta inteligente de sus súbditos, ejercerán sin duda en Italia saludable influencia en los príncipes y en los pueblos, y contribuirán poderosamente á contener en los límites del derecho incontestable y del éxito posible el movimiento que en ella se manifiesta. Este es el único medio de asegurar los buenos resultados, y de prevenir grandes males y amargas decepciones. Este será siempre el criterio de la política del Gobierno del Rey.»

Tan glorioso juicio y decidida proteccion mereció del Gobierno francés la noble conducta de Pio IX; la parte sana de la diplomacia europea veia garantido el progreso y la justicia del Gobierno del Papa; los recelos nacia del carácter voluble, y bien podemos decir inflamable, de las masas.

Un cronista de la vida de Pio IX resume en las siguientes líneas el carácter y la trascendencia de las tareas realizadas por el mismo en 1847:

«Este último acto, dice,—esto es, el de la organizacion del Consejo de Ministros y cuerpo de auditores,—monumento de sabiduría y fruto de serias meditaciones inspiradas por la oracion, coronó completamente el año de 1847, ¡aquel año tan bello, tan productivo, tan bien empleado por parte del Soberano del Estado, Jefe visible de la Iglesia! Durante este año, segundo de su pontificado, no se desmintió un solo dia el carácter del sucesor de Gregorio XVI. Si examinamos sus actos desde el decreto de la amnistía hasta el *motu proprio* del Consejo de Ministros, los encontraremos marcados con el mismo lenguaje é igual espíritu. En cada uno de ellos el Papa se revela tal cual es: su palabra se hace en algun modo eco de su alma; soberano paternal, repugnan á la bondad de su corazon los medios violentos; si se ve obligado á castigar, lo hace cual padre de familia; si considera la represion como un deber, la temple con la misericordia, que mira como el mas dulce atributo de su autoridad. Príncipe piadosamente liberal, superior á las alarmas, á los ruegos, á las intimidaciones de los unos, á las caricias, á la lisonja y á las ovaciones de los otros, no cede nada á la violencia, otorga voluntariamente todo cuanto le parece equitativo, legítimo é indispensable, á tenor de las necesidades de la época. Al propio tiempo que la ternura de su corazon llena de beneficios á su pueblo, su vigorosa mano, sostenida por el brazo de Dios, aparta hasta mas allá de los mares la frontera moral del Catolicismo, que los destructores del órden social llamaban el asilo cerrado de las ideas muertas. Haciendo brillar con un resplandor inmenso las condiciones de su vida y de sus manifestaciones, probó de esta suerte que la Iglesia es constantemente el centro vivo de la civilizacion humana. Á los enemigos del Cristianismo, que pretenden que la esclavitud, las tinieblas y el embrutecimiento están adheridos de un modo inevitable al poder teocrático, contestó llenando al mundo con el eco de su nombre, é iluminándolo con los rayos de su mision divina.

«Todos sus actos llevan el sello de la mansedumbre, de la fuerza y de la piedad; y á pesar de la alabanza y de la amenaza, no obra mas que segun su conciencia y su amor hácia el pueblo. En la serenidad de su alma, lo hace todo por la justicia que le guia, nada por la popularidad...»

No es extraño, pues, que á pesar de los ocultos manejos, Roma, Italia y el mundo todo concluyeran aquel año de bendiciones sobreponiendo el himno de la glorificacion á Pio IX sobre todos los cantos y sobre todos los himnos.

Las sociedades secretas no habian conseguido todavía contaminar la opinion pública.

Pio IX continuaba siendo Rey de los corazones además de ser Rey de sus Estados.